

«*Little Children*»  
(Secretos íntimos)

Gustavo Chiozza.

El significado del título original de este film –*Little Children*– puede traducirse al español como “niños pequeños” o también, como “hijos pequeños”. Quizás esta segunda traducción pueda parecernos más adecuada, si pensamos que los protagonistas del film no son los niños pequeños, sino sus padres. En efecto, el film retrata las vicisitudes de la vida de los padres en el momento de la crianza de los hijos pequeños, y para hacerlo, elige un grupo particular de padres: los “padres suburbanos”.

Los “padres suburbanos” son aquellos que, renunciando a las ventajas de la vida en las grandes ciudades, se mudan a los suburbios con la intención de darles a sus hijos pequeños lo que ellos consideran que es un entorno más adecuado para su crecimiento. Un lugar tranquilo y apacible –verde, en lo posible– donde los niños puedan crecer seguros, apartados de los peores aspectos de la sociedad.

Aunque no todos los padres de hijos pequeños quieran o puedan encarar la decisión de vivir fuera de los centros urbanos, en mayor o menor medida, todos compartimos la intención de proteger a los niños pequeños de los aspectos más crudos de la sociedad adulta; mantenerlos felices e ingenuos, el mayor tiempo posible.

Así, nos parece una buena idea que los espacios en los que los niños deberán crecer, como las plazas y los jardines de infantes, estén especialmente diseñados para ese fin. Lugares luminosos, limpios, decorados con colores vivos, plantas y flores. Lugares que recreen la naturaleza, por lo general ausente en las ciudades; pero una naturaleza pacífica, donde los animales sean pequeñas mascotas domésticas inofensivas o animalitos de juguete como un osito glotón, un dinosaurio amigable, o una abejita que no pica. Con este mismo afán protector, Kathy para contarle a Brad, en presencia de Aaron, sobre el niño cuyo padre mataron en Irak, baja la voz y deletrea la palabra “matar”. ¿Qué padre no ha hecho algo similar alguna vez?

De modo que, en mayor o menor medida, todos los que hemos tenido o tenemos hijos pequeños, hemos experimentado ese deseo de protegerlos de las miserias de la sociedad. Y con mayor o menor éxito, hemos intentado ponerlo en práctica. No desconocemos que, más tarde o más temprano, experimentarán en carne propia las fealdades que tiene la vida; es una simple cuestión de tiempo. Pero deseamos que eso ocurra lo más tarde posible. Equivocados o no, deseamos que ese período de ingenua felicidad, dure el mayor tiempo posible.

No pocas veces, nosotros mismos hemos deseado poder volver a esa etapa feliz, donde lo único que teníamos que hacer era jugar despreocupadamente, sabiendo que mamá nos avisaría cuándo sea la hora de la merienda. Y así como quisiéramos poder volver el tiempo atrás para nosotros, también quisiéramos que el tiempo no avance tan rápido en la vida de nuestros pequeños hijos.

Pues bien; éstos son los elementos que el director nos resume en las primeras imágenes del film. Primero el verde paisaje que ofrece la ventanilla de un tren que huye veloz de la ciudad y se ralentiza al llegar al pulcro suburbio. Luego el frenético tic-tac de los antiguos relojes que señalan el implacable paso del tiempo, y por fin, la colección de estatuillas de niños pequeños que, en frágil porcelana, intentan inmortalizar sus ingenuas actitudes y sus graciosos gestos felices.

De pronto, todos los relojes dan las campanadas a la vez generando un sonido desordenado que aturde; como si hubiera llegado la hora. El plano corto se abre para enfocar la sala de estar donde va creciendo el sonido de la televisión que transmite el noticiero.

El noticiero representa todo aquello que los padres de niños pequeños quieren mantener lejos de sus hijos, ya que nos suele informar de lo mal que marcha el mundo en que vivimos. Y ¿qué peor noticia puede haber que la de que un ex convicto por exposición indecente frente a menores haya sido puesto en libertad y viva en el mismo vecindario? El comité de padres preocupados ha empapelado las calles del vecindario con las fotos del sujeto que amenaza la seguridad de sus hijos. El noticiero entrevista a una serie de padres que opinan de la amenaza que se cierne sobre sus hijos.

En efecto, de todos los aspectos de la vida adulta de los que queremos proteger a nuestros hijos pequeños, la sexualidad es uno de los principales. Aún si aceptamos la existencia de la sexualidad infantil que el psicoanálisis trajo a la luz, pensamos que en el niño, la sexualidad es distinta que en el adulto, y por lo tanto, tememos que si el niño toma conocimiento de la sexualidad del adulto, esto pueda resultarle traumático y perjudicial.

Como dijimos, este deseo de proteger a nuestros hijos pequeños de ciertos aspectos de la vida de los adultos es compartido por todos nosotros; aunque, como también dijimos, la medida en la que este deseo se presenta en cada adulto es variable. En la comunidad que este film retrata, vemos que este deseo se da de manera tan intensa que más que un deseo constituye un temor. Recordemos, por ejemplo, los carteles que adornan el barrio con la foto del ex convicto y la leyenda «¿Están seguros sus hijos?». Un temor que roza el ridículo, si recordamos la escena en la que las madres descubren la presencia prohibida del “depredador sexual” en la piscina pública, junto a los niños. Cabe entonces que nos preguntemos de qué depende de que en unas personas esto se dé en una medida mayor que en otras.

Si bien puede decirse que la infancia es un período de la vida que cursa con cierta ingenuidad acerca de ciertas cuestiones, de ninguna manera es ese período feliz que queremos creer. La vida de un niño puede ser más feliz que la de otro niño, como la vida de un adulto puede ser más feliz que la de otro; pero ningún período de la vida está exento de dificultades y sufrimientos. Aún los niños criados en las mejores condiciones sufren pesadillas, se angustian cuando temen no poder cumplir con las exigencias de sus padres, como por ejemplo, dejar el chupete, dejar los pañales, dormir solos, recibir un hermanito menor o soportar los celos de uno mayor. ¿Cuántos días llegan a pasar en la vida de un niño pequeño sin que lllore, al menos una vez?; ¿uno?, ¿dos, a lo sumo? ¿Y qué otra cosa que infelicidad podría significar su llanto? Resulta tan evidente que los niños sufren que cabe

que nos preguntemos de dónde proviene esta idea de que la infancia es un período feliz de la vida.

Una cosa sí es cierta: los niños pequeños no comparten nuestra particular concepción del tiempo; aún no la han desarrollado. Así como no son capaces de remontarse demasiado atrás en el pasado, tampoco son capaces de concebir un futuro a largo plazo. Por lo tanto, como sucede con muchos animales, viven en un presente más ancho que nosotros; más ancho y también, más libre de preocupaciones. Sus estados de ánimo suelen ser más plenos, más puros y más intensos; y la característica que más nos sorprende a nosotros, los adultos, es la facilidad con la que sus emociones cambian y se alternan. Lo que quieren, lo quieren *ahora* y no entienden de argumentos dilatorios; si no lo tienen lloran y si lo tienen ríen. De modo que en un momento están llorando completamente desesperados, y al siguiente, están completamente felices, sin que ninguna nube del reciente chaparrón, empañe el cielo azul de su alegría. ¡Quién pudiera...!

En otras palabras, viven mucho más en el presente que nosotros; rápidamente dejan atrás el pasado y no logran preocuparse por el futuro. De modo que sus estados de ánimo, a diferencia de los nuestros, no se contaminan con nostalgias por lo que fue, ni preocupaciones por lo que vendrá. Me apuro en señalar que esto también tiene sus serias desventajas: les cuesta mucho aprender de la experiencia y no logran ser lo suficientemente previsores; por estos y otros motivos, dependen de la protección de los adultos.

Si bien, en condiciones normales, los niños tienen quién se ocupe de sus necesidades y deseos, y velen por su seguridad, esto es así porque son débiles, frágiles e impotentes. No pueden satisfacer la inmensa mayoría de sus deseos por sus propios medios y dependen, entonces, de la voluntad de los adultos para poder satisfacerlos. ¿Seguimos pensando que eso es la felicidad completa?

En condiciones adecuadas, los niños crecerán y se harán progresivamente más fuertes y capaces; entonces, ¿por qué tan a menudo vemos ese crecimiento como una pérdida y no como una ganancia? Lo que nos hace infelices no es el haber crecido, sino el no haber crecido lo suficiente como para poder enfrentar y superar nuestras dificultades actuales. O sea que el motivo de infelicidad no es el haber crecido sino el tener que crecer y sentir que no podemos.

¿Por qué un joven de 27 años, capaz de formar pareja y tener relaciones sexuales, querría volver a una adolescencia en la que, frustrado, se masturbaba pensando en las mujeres a las que no podía conquistar? Seguramente porque no logra lidiar con las dificultades actuales, por ejemplo, del trabajo. Frente a esas dificultades, anhela una vida con menos responsabilidades; recuerda el pasado y siente nostalgia por esa época en la que solo tenía que ir al colegio –algo que hoy le parece muy fácil. Con eso basta para que se forme la idea de que la adolescencia es un período más feliz que la juventud; sencillamente porque compara las dificultades de ahora con las de antes, sin tener en cuenta que su capacidad actual para enfrentarlas no es la de antes.

De modo que ya podemos contestar nuestra pregunta: La idea de que la infancia es un período feliz y que el crecimiento es algo malo que arruina esa ingenua felicidad, será mayor en las personas que no han podido crecer lo suficiente y que no son capaces de lidiar con sus dificultades actuales. Así son los personajes de este film, que componen esa comunidad suburbana que aparenta una tranquilidad y una seguridad que no tienen. Estas personas agobiadas por las dificultades de una adultez que no logran superar, que se sienten débiles e impotentes, son entonces los «niños pequeños» a los que alude el título del film. Son ellos y no sus hijos, los que necesitan huir de los grandes centros urbanos. Esos padres que aparecen en el noticiero opinando sobre la presencia del exhibicionista, serán entonces las personas «reales» que los personajes del film retratan. De ellos se trata esta historia. Es por este motivo que recién ahora, luego de las entrevistas del noticiero, aparece el título del film: *Little Children*.

Sobre un fondo negro oímos las voces de niños en la plaza; luego, la conversación de sus madres. Cheryl habla de la experiencia espiritual que tuvo con su marido en las últimas vacaciones; Mary Ann la interrumpe para burlarse de una mujer que acaba de tener un hijo y cree que podrá retomar su trabajo en seis meses; Therese habla de una amiga que cuando va al baño lleva a su hijo para que aprenda el control de esfínteres. Mary Ann, opina que eso es edípico; Cheryl se pregunta cuál es el apuro, aunque reconoce que una vez miró dentro del pañal de su hijo y lo que había hecho era enorme, como de un adulto...

Un poco apartada de estas tres mujeres aparece Sarah, la protagonista del film. Una voz en *off* –que hará las veces del narrador– nos dice: *«Sonriendo amablemente para ocultar una sensación familiar de desesperación, Sarah recordó que debía pensar como antropóloga. Ella era una universitaria que investigaba el comportamiento de las mujeres suburbanas típicas. Ella no era una típica mujer suburbana.»*

Therese comenta que teniendo relaciones sexuales se quedó dormida y cuando se disculpó, el marido le dijo que no se había dado cuenta. Cheryl la consuela diciendo que esas cosas ocurren. Mary Ann, en cambio tiene la solución: reservar un horario en la semana; ella lo hace los martes a las 21. La voz en *off* nos dice que Sarah, apartada de las otras madres, reflexiona sobre el hecho de que también su hija Lucy se aparta de los otros niños. Entonces, se pregunta Sarah, *¿para qué vienen a la plaza?, «probablemente se volvería loca, atrapada en la casa todo el día con esa pequeña personita inescrutable».*

Mary Ann anuncia que son 10:30, hora del *snack*. Mientras todas sacan eficientemente sus viandas, Sarah descubre que ha olvidado las galletitas de Lucy. Sarah, humillada frente a las otras, tiene que aceptar el auxilio de Mary Ann que no puede ver sufrir a Lucy.

Vemos entonces que en la plaza donde los niños juegan, también a su manera, juegan sus madres. Unas juegan a ser «madres profesionales» que tienen todo organizado y siempre saben lo que hay que hacer. Son como nenas que juegan a ser la mamá. Sarah, en cambio, quiere ser distinta a las otras madres; quiere ser superior a ellas, y se imagina siendo una antropóloga que investiga el comportamiento de «las típicas madres suburbanas». Como a esas niñas de las que se dice que son más “varoneras”, a Sarah no le gusta jugar a ser mamá;

ella quiere jugar a ser como el papá; un investigador, por ejemplo, que no cría niños en casa sino que sale al mundo a hacer importantes descubrimientos.

Pero más allá de este juego, la realidad es que es la que menos sabe qué hacer con su hija a quién no logra descifrar. Ni logra ser una antropóloga, ni tampoco logra ser una buena madre. Humillada en su fantasía de superioridad, de rodillas, debe aceptar la ayuda de la rival que más desprecia; Mary Ann, con actitud triunfante, le demuestra que tratando de mostrarse superior solo hace sufrir a su hija.

En ese momento aparece «el rey del baile de graduación», nuestro segundo protagonista del film. Se trata de un joven y apuesto padre que solía traer a su hijo a la plaza; luego de haber desaparecido un tiempo, ahora reaparece. La voz en *off* nos dice que «*Su partida había dejado un gran agujero en las vidas emocionales de Cheryl, Therese y Mary Ann. Apenas pasaba un día sin que ellas especularan sobre la razón de su ausencia y la probabilidad de su retorno*».

O sea que estas mujeres son como tres niñas que, a la vez que juegan a ser la mamá, están llenas de inocentes fantasías románticas en las que un día crecerán, se enamorarán del chico más atractivo del colegio, y él las convertirá en “la reina del baile de graduación”. La sexualidad adulta las supera y las aletarga, pero las fantasías románticas las enciende y las excita; las nenas que juegan a ser la mamá, sueñan con que un día crecerán y se enamorarán de un príncipe.

En las siguientes escenas el autor nos presenta a Brad. A diferencia de las cuatro mujeres, Brad no juega a ser el papá de su hijo Aaron, sino que, abiertamente, juega con él como si fuera un niño más; a lo sumo, un hermano mayor que deja ganar a su hermanito. Ambos juegan a chocar las locomotoras; «no hay lugar para los dos, Diesel» dice Brad. «Odio las locomotoras a vapor» dice Aaron. «Tú siempre ganas, Diesel» dice Brad, vencido por la locomotora de Aaron.

En ese momento llega Kathy, madre de Aaron y esposa de Brad. El niño corre en brazos de su madre, arrojando al aire el gorro de bufón que hasta ahora había llevado puesto. La voz en *off* nos cuenta que «*El gorro de bufón era algo que perturbaba a Brad de verdad. Todo el día el niño comía, jugaba y dormía siestas con él. Pero ni bien su madre entraba en la casa, ya no le servía más. Como si todo el día, hasta ese momento, hubiera sido una charada sin sentido y de algún modo inútil*.» Kathy señala que Aaron ha tomado sol, y le dice «¿Papá volvió a olvidarse la pantalla solar?», Aaron asiente; ambos ríen cómplices y felices, mientras Brad, humillado y excluido, agacha la cabeza.

Lejos de sentirse “el rey del baile de graduación”, Brad se siente apenas un inútil bufón con el que Aaron debe soportar el paso del día, esperando el ansiado momento del recuento con su madre. La hermosa Kathy, no solo no le presta atención a su esposo, sino que le recuerda a su hijo que su padre es un irresponsable, incapaz de protegerlo adecuadamente. Durante la cena, mientras Kathy conversa interesada con Aaron, Brad, tratando de acaparar la atención de Kathy, dice que está pensando en tener un celular. Kathy se sorprende, dando a entender que le parece innecesario. Brad argumenta que así podrían conversar durante el

día; además, si ella tiene uno, ¿por qué él no puede tener el suyo? ¿No es extraño que él no tenga un celular? Kathy, sin darle demasiada importancia al asunto, propone esperar a fin de mes a ver cómo va la economía.

Su reclamo por el celular, por un lado simboliza su deseo de poder comunicarse con Kathy; pero por el otro, Brad desea saber si Kathy cree –y autoriza– que él pueda ser como los otros adultos. Claramente Brad no se siente el padre de la familia, sino un hijo más de Kathy. Como si fuera el hijo adolescente, que ayuda a su madre con las tareas del hogar y con el cuidado de su hermanito, y que a cambio de eso, pretende, como premio, un artilugio caro cuyo uso está justificado solo para las necesidades de los adultos.

*«Todas las noches de la semana tras la cena, la madre del niño enviaba a Brad a la biblioteca municipal para estudiar para el examen de matrícula. Pero él nunca atravesaba la puerta del edificio.»* Como un adolescente irresponsable, Brad se queda viendo a los chicos que hacen skate, imaginándose que es uno de ellos. *«Él tenía la misma edad que ellos cuando su madre murió. “Debo haber sido así” pensaba Brad, “debo haber sido uno de ellos”»* Habiendo perdido a su madre en la pubertad, Brad no se siente preparado para afrontar la vida de adulto; no sabe cómo hacerlo. Siente que convertirse en abogado es algo que está por encima de sus posibilidades, y lo que más quisiera sería poder regresar a la infancia feliz que le faltó y poder jugar, despreocupado, mientras su madre vela por él.

En la siguiente escena, Mary Ann, Cheryl y Therese en la plaza, se pasan el panfleto sobre el peligroso exhibicionista. En opinión de Mary Ann deberían castrarlo; rápido y limpio, así podrían estar todos tranquilos. Sarah, burlándose de Mary Ann, dice desafiante que deberían también clavar su pene a la entrada de la escuela primaria. Cheryl y Therese se ríen del comentario; entre excitadas y vergonzosas, parecen dos colegialas que acaban de escuchar la palabra “pene”. Cheryl cuenta excitada que su hermano se exhibía frente a ella.

Por segundo día consecutivo, aparece Brad en la plaza. Las tres mujeres lo miran absortas en sus fantasías; Sarah las observa. Ellas le cuentan a Sarah que nunca hablaron con él, pero que el solo hecho de saber que él estaba, las obligaba a pensar cada mañana en cómo vestirse, a tener que maquillarse, lo cual era agotador.

Mientras Brad hamaca a Aaron, Lucy le pide a su madre que la suba a la hamaca. Sarah, muy resuelta, quiere mostrarle a las otras madres que ella no le tiene miedo a Brad; Cheryl, percibiendo la actitud desafiante de Sarah, le apuesta 5 dólares a que no consigue el teléfono de Brad. Toda la situación es más propia de un colegio secundario que de una plaza en la que las madres cuidan a sus niños.

A estas mujeres, infantiles e inmaduras, la maternidad les permite sentirse potentes y valiosas; con las cosas ordenadas y bajo control. Pero esta tarea parece consumir todas sus energías y no les queda resto para la sexualidad. Arreglarse y maquillarse les resulta agotador; tener relaciones sexuales, directamente las aletarga. Da la impresión de que a duras penas logran ser madres, y que no pueden ser madres y esposas a la vez. Sienten que estarían más tranquilas y seguras si la sexualidad no existiera. La sexualidad representa para ellas algo peligroso que amenaza con traer a la luz lo que no pueden. Por eso Mary Ann

piensa que sería mejor castrar al exhibicionista. “Muerto el perro se acabó la rabia” podría ser el lema que anima su comentario; pero hay otro lema que representa mejor lo que sienten más profundamente: “Ojo por ojo, diente por diente”. Ellas quieren castrar al pene, porque la presencia del pene las hace sentir castradas; es decir, insuficientes, incompletas.

La situación de Sarah es distinta. Ella no puede tener las cosas bajo control como las otras madres; la maternidad la supera. En comparación con las otras madres se siente incompleta y humillada. Sus intentos de ponerse por encima de sus competidoras, fracasan. Sarah, independientemente de la sexualidad, ya se siente castrada con la maternidad. Por lo tanto ella no ve en «el rey del baile de graduación» un peligro sino una posible solución. Si se acerca a Brad, si les demuestra a las otras que no le teme, estará logrando lo que sus competidoras desean pero no se animan a hacer. Brad es su oportunidad para revertir las cosas; su oportunidad para dejar de ser la castrada del grupo y pasar a ser la que tiene la potencia, simbolizada por el pene –que es lo opuesto a la castración–.

Pero para sorpresa de Sarah, Brad no se siente «el rey del baile de graduación». Al contrario, se lo ve débil, solitario y necesitado de compañía. Sarah descubre que Brad cree que nadie le habla porque todos lo consideran menos, y no más. «No tienes que ser amable – le dice Brad–. Adelante, preguntame de qué trabaja la que lleva los pantalones en la casa»; y luego le cuenta que fracasó dos veces en el examen de matrícula. *«Sarah se sorprendió por cómo Brad hizo esta confesión, aparentemente sin la sensación de estar avergonzado por su fracaso en lo más mínimo. La mayoría de los hombres no eran así. Su esposo Richard ciertamente no lo era.»*

En otras palabras, Sarah descubre que Brad no es el tipo de hombre que hace que la mujer se sienta inútil e insuficiente; no es el pene peligroso y amenazador que se imaginan Mary Ann, Cheryl y Therese. Es alguien que se siente tan impotente y castrado como ella; incluso más... Brad no está buscando una aventura sexual para demostrar su potencia, sino que busca una madre que lo trate un poco mejor que Kathy. Sarah se muestra indulgente con el hecho de que Brad se ocupe de la crianza de Aaron, tanto como con el hecho de que haya fracasado dos veces en el examen; se muestra frente a él como una persona de mente abierta, superada frente a los convencionalismos. *«Fue entonces, mientras miraba a Brad arrodillarse a los pies de su hijo que Sarah se halló atrapada por una inesperada tristeza. “No te vayas” pensó. “No me dejes aquí con las demás”.»*

Con esta mezcla de sentimientos adentro, Sarah siente que no puede dejar escapar la oportunidad de algo que ella cree que la hará sentir mejor. Algo que la podría aliviar un poco de sentirse tan poca cosa frente a las demás madres, pero también frente a sí misma. Entonces, le cuenta a Brad de la apuesta, pero como no tiene lapicera para anotar el teléfono le dice que sería cómico ver la cara que pondrían las otras si él la abrazara. Brad, obediente, accede. Frente a las exclamaciones de las otras madres, Sarah se asusta; pero lejos de echarse atrás decide subir la apuesta: «¿Realmente quieres espantarlas?» Brad la besa y se desata el escándalo. Mary Ann, Cheryl y Therese corren a poner a sus hijos a resguardo de un espectáculo que consideran no apto para menores. Pero por todo lo que llevamos dicho, resulta claro que proyectan sobre los niños un sentimiento de horror que les pertenece a ellas.

Resulta interesante que la reacción de Mary Ann, Cheryl y Therese frente al beso de Brad y Sarah es la misma que veremos luego en la piscina pública, cuando las madres descubren la presencia de Ronnie, el exhibicionista. Si trazamos un paralelo entre ambas escenas podemos decir que lo mismo que provoca Ronnie en la piscina, lo provocan Brad y Sarah en la plaza. De modo que podemos interpretar que Ronnie es un símbolo de la unión entre Brad y Sarah; y también al revés: los mismos motivos que llevan a Brad y Sarah a exhibirse, deben haber llevado a Ronnie a ser un exhibicionista.

Podemos preguntarnos, entonces, de dónde viene este deseo de escandalizar que Sarah y Brad comparten y deciden llevar a cabo transformándose en «ofensores sexuales» –según la feliz expresión en inglés–. Como vimos, no es otra cosa que su sentimiento de impotencia y castración. Lo que están tratando de hacer al exhibirse frente a las otras madres es confirmar, en la mirada horrorizada de ellas, la presencia de una potencia que dudan tener. En otras palabras, “ofenden” porque temen ser “inofensivos”. Lo hacen a través de la sexualidad, porque eso es lo que a ellas las horroriza; eso es lo que a ellas les falta y lo que las hace sentir castradas. Como si fuera un modo de afirmar: “Yo tengo el pene, en cambio vos estás castrada”.

Lo mismo sucede con todo exhibicionista, solo que ellos muestran directamente el pene. Si el pene exhibido es capaz de horrorizar al que lo ve, entonces se confirma que es algo potente y peligroso. Por supuesto, esto solo se logra frente a los niños, ya que los adultos no temen la sexualidad y no se escandalizan frente a la visión del pene... A no ser que, como Mary Ann, Cheryl y Therese, no se trate de verdaderos adultos sino de niñas pequeñas que juegan a ser adultas.

Aquí termina el primer acto de este film. Los personajes principales han sido presentados. Mary Ann, Cheryl y Therese, al modo del coro griego, representan en conjunto, a esa particular comunidad de “padres suburbanos”. Como dijimos, no son verdaderos adultos, sino “niños pequeños” tratando de cumplir un rol de padres que les queda grande. Brad y Sarah representan al “niño pequeño” que cada uno de esos adultos fallidos lleva dentro de sí. Kathy, en cambio, representará a la madre de ese “niño pequeño”. Los verdaderos niños, Aaron y Lucy, no tiene peso en esta historia. El resto de los personajes que aparecerán en el segundo acto del film, como hicimos con Ronnie, oportunamente los consideraremos desdoblamientos de los personajes principales que acabamos de describir. También el conflicto que pone en marcha esta historia ha sido planteado; lo sucedido ha roto el equilibrio y esto exigirá nuevas acciones que hagan avanzar la historia.

Como era de esperar, las consecuencias de lo ocurrido en la plaza no tardan en llegar. Brad regresa al día siguiente a la plaza pero la encuentra desierta. Tampoco ve a Sarah en la piscina pública a pesar de que recordaba haberle dicho que Aaron y él iban allí todas las tardes. La voz en *off* nos dice que: «*En los últimos días, Sarah no había podido concentrarse en otra cosa que en el rey del baile de graduación y el curioso evento que había ocurrido entre ellos en la plaza*». Tampoco Brad podía dejar de pensar en aquel beso. «*Seguía sin poder*

*creer que realmente había ocurrido. Y con todas esas mujeres y niños mirando.»* ¿Cómo podrían sacarse de la cabeza lo ocurrido y retomar el curso normal de sus vidas?

Como veremos unas escenas más adelante, Brad piensa que lo que necesita para no pensar en Sarah es tener sexo con su hermosa esposa; pero esa no parece ser una opción viable. Kathy parece estar enamorada solo de Aaron y se resiste a que Brad lo saque de la cama matrimonial. Introduciendo nuevos personajes, el film nos mostrará cuáles son las otras opciones de Brad. Por la noche, mientras Kathy se queda a solas con Aaron, Brad en lugar de estudiar para el examen, contempla cómo flotan en el aire los chicos haciendo skate y, extasiado, fantasea recreando el beso con Sarah. La voz de Larry lo saca de sus ensoñaciones: *«¡Oye, pervertido! Sí, vos, pervertido»*.

Larry es un ex policía que está de licencia y reparte el tiempo de su inútil existencia entre una liga nocturna de fútbol amateur con sus ex compañeros policías y el «comité de padres preocupados» del cuál es su fundador y único miembro. Su tarea consiste en vigilar la casa de Ronnie y empapelar la ciudad con afiches con su fotografía. La esposa de Larry cree que si él tuviera un trabajo no estaría obsesionado con el exhibicionista; pero Larry piensa que vigilarlo es su verdadero trabajo. Casualmente, como Mary Ann, también Larry es de la opinión de que deberían castrar a Ronnie.

Larry presenta a Brad con los muchachos del equipo. *«Brad esperaba que se activara su sentido común. Tenía muchas excusas disponibles. Pero se sintió tan bien estar parado allí tras las luces brillantes, y se sintió lleno de un sentimiento similar al que había tenido antes de besar a Sarah como si su mundo se hubiera abierto de par en par, para revelar una nueva posibilidad fascinante.»* A Larry no le cuesta mucho reclutar a Brad para ambas actividades; por un lado porque Brad está aburrido y el fútbol le hace recordar sus mejores épocas; por el otro, porque entonces puede decirle a Kathy que por fin tiene algo importante que hacer; que él es un padre responsable, preocupado por el bienestar de su hijo.

De modo que, en términos simbólicos, Larry es la opción que elige Brad para intentar controlar las fantasías con Sarah. Por un lado, proyectar fuera de sí al pervertido y vigilarlo; por el otro, el deporte rudo entre varones que hace que los muchachos transpiren y consuman sus energías en algo distinto que la masturbación. De no luchar contra las fantasías, la otra opción sería ceder a la tentación y entregarse a ellas por entero. En otras palabras, transformarse en un vicioso pervertido. Esta opción está representada por un personaje que aparece un poco más adelante en el film: Richard, el patético marido de Sarah; un masturbador compulsivo obsesionado con una prostituta de internet. Como veremos, Brad no logra resistirse a la tentación que Sarah le provoca. *«Si había una cosa que la vida le había enseñado a Richard, era que era ridículo estar en guerra con tus propios deseos. “Queremos lo que queremos”, Richard pensaba, “y no hay mucho que podamos hacer al respecto”»*

Tampoco Sarah, con su vida vacía e inútil, tiene buenas opciones para quitarse de la cabeza a Brad. Vivir en la mansión que les regalara la madre de Richard, con los muebles del matrimonio anterior de su marido, no la hacen sentir precisamente realizada, ni valiosa. Se siente menos que la suegra y menos que la ex mujer de Richard. Lejos de sentirse “la señora

de la casa” Sarah, como una hija adolescente, sólo se ocupó de arreglar un cuarto para ella. *«Desde el momento en que Lucy nació Sarah se había negado a contratar a una niñera. Ella no estaba exactamente segura de por qué había tomado esta posición. La verdad era que pasaba la mayoría de las tardes haciendo tiempo esperando desesperadamente el momento en que su esposo volviera de trabajar y que ella finalmente pudiera tener un momento para sí misma.»*

Como muchas mujeres que se sienten disminuidas al depender económicamente de sus maridos, Sarah desea equiparar las cuentas con el argumento de que la crianza del hijo en común es una tarea más importante y cansadora que el trabajo del marido. Dando ese argumento como un hecho, se desprende que lo primero que debe hacer el marido apenas llega de trabajar, es relevarla de la difícil tarea y permitirle tener un tiempo para sí. A los ojos de Sarah, el marido pasa todo el día dando satisfacción a sus propias ambiciones personales, mientras que ella las debe postergar en bien del hijo común. Pero lo cierto es que ella, como vimos, ni sabe qué hacer con Lucy, ni sabe qué hacer con su tiempo si no está con Lucy. El sentimiento de impotencia y castración invade todos los aspectos de la vida de Sarah.

Así como en casa de Brad no hay posibilidad de sexo porque duermen los tres en una misma cama, en casa de Sarah tampoco porque duermen todos separados, luego de que Sarah descubriera a Richard masturbándose. De modo que la única salida para Sarah es su vecina Jean, una mujer mayor que Sarah, con quien comparte unas caminatas nocturnas –otra vez el deporte–. Jean le propone a Sarah participar de un grupo de lectura, pero a Sarah eso no la entusiasma demasiado... Se trata de mujeres mayores que leen sobre la vida y la sexualidad que no tienen. Sarah todavía tiene esperanzas de vivir esa vida, en lugar de limitarse a leerla. Para peor, Cheryl, que viene a avisarle de que el pervertido estuvo rondando la plaza, rechaza su amistad por lo sucedido con Brad. Atrapada en la frustración, la impotencia, la soledad y el aburrimiento, Sarah decide comprarse el traje de baño rojo e ir a la piscina pública a buscar a Brad.

*«La piscina se volvió un ritual. Día tras día se sentaron juntos a la sombra, llegando a conocerse. A veces, Brad y Sarah intercambiaban sus hijos. Fue la mayor diversión que Sarah había tenido en años. Pero siempre estaba el anhelo de tocar... de ser tocada por Brad. Y por mucho que ella lo quisiera, de igual modo quería aferrarse a la vida pública inocente que habían creado para sí mismos en el exterior. Entonces ella aceptó el trato; el apretón de manos a las cuatro de la tarde, a cambio de ese trocito de césped, un poco de pantalla solar y compañía. Otro día feliz en la piscina».*

Ese trocito de felicidad inocente que Brad y Sarah han encontrado, tiene el único inconveniente de que no es real. Es nada más que un juego con el que juegan a ser la familia feliz; un juego en el que no entran aquellas cosas reales que los hacen sentir insuficientes, como sus conflictos matrimoniales, el examen, el trabajo, el dinero, la sexualidad... como la pantalla solar, esa felicidad de juguete es nada más que un delicado barniz que los protege de una realidad que los supera. Y por supuesto, no les alcanzará por mucho tiempo.

Kathy rechaza la pasta que cocina Brad porque la engorda y también rechaza el café porque está apurada. Cuenta que está muy interesada en su documental sobre un hombre que fue

muerto en Irak, dejando un hijo pequeño. Cuenta que el niño, siguiendo la tradición del padre, no teme enfrentar nada porque las cosas nuevas lo hacen sentir más vivo. Brad se queda reflexionando sobre esto, y esa misma tarde, en la piscina, empieza a ver el traje de baño rojo de Sarah con otros ojos...

En la piscina el calor y la humedad son insoportables; el servicio meteorológico pronosticó chaparrones... se avecina una tormenta emocional. Si el escándalo a pequeña escala provocado por el beso en la plaza, puso en movimiento esta historia, transformando la infelicidad de Brad y Sarah, en esta felicidad inocente, de juguete, que no les alcanza, el siguiente paso deberá ser un escándalo de mayores proporciones.

Por primera vez vemos a Ronnie en persona, con su equipo de buceo, avanzando resuelto hacia la piscina pública; infringiendo su orden de restricción. Como haría un preadolescente excitado, se sumerge para observar bajo el agua las partes pudendas de niños y niñas. Sarah es la primera en detectar su presencia. Rápidamente las madres entran en pánico y corren a ordenarles a sus hijos que salgan inmediatamente de la piscina. Se produce una estampida de niños que huyen de la piscina. Gritan las madres y gritan los niños; los más pequeños, lloran asustados. El pánico es generalizado.

En cuestión de segundos Ronnie es el único que queda en el agua. Distribuidas alrededor de la piscina, todas las madres lo miran en silencio, acusadoras, mientras sus hijos, asustados, se refugian entre sus brazos y piernas. «¿Se te acercó ese hombre?, ¿te tocó?». La policía se lleva al infractor; y, tan rápido como se desató el pánico, surge ahora una algarabía triunfal, en la que todos los niños se tiran nuevamente al agua. Pero la tormenta emocional ya se ha desencadenado. Empieza el diluvio y suena la sirena que obliga a todos a abandonar la piscina por la amenaza de las descargas eléctricas. Llamativamente, la posibilidad de morir fulminados por un rayo no parece asustarlos tanto como la presencia de un exhibicionista.

Brad se ofrece a llevar a ambos niños en su cochecito doble, hasta la casa de Sarah. Al llegar, los niños se han quedado dormidos, de modo que se disponen a pasar juntos y solos lo que dure la siesta. Mientras Sarah va a poner la ropa a secar y buscar toallas secas, Brad, paseando por la casa, encuentra que Sarah ha subrayado del libro que lee la frase «Mi amor es una fiebre»; pasando la página descubre que ella tiene una foto de él. Entonces va a buscarla al sótano... Lo que empieza con un beso tímido y romántico, como el de dos púberes inseguros, pronto deja paso a un coito atlético y exhibicionista, que nada tiene de amor y romanticismo. Tal vez no me acompañen en esta interpretación, pero mi sensación es que otra vez están tratando de representar un papel. Como si jugaran a ser adultos que tienen un “sexo increíble”, y trataran de copiar las posiciones, los movimientos y los gemidos que han visto en una película pornográfica. Cuando suena la lavadora, sin interrumpir sus movimientos, Brad –en un tono que no parece muy compatible con tanta excitación– le pregunta a Sarah si se siente mal por lo que están haciendo. Ella dice que no; Brad dice que él sí; que se siente muy mal. «De acuerdo», dice Sarah. La pantalla funde a negro.

El sonido de la lluvia va dejando paso al sonido del tic-tac de los relojes en casa de Ronnie. May, la madre de Ronnie, avanza sigilosa por el pasillo hasta la puerta del cuarto de su hijo. Trata de escuchar qué puede estar haciendo; golpea y lo llama en voz baja como para no despertarlo, en caso de que duerma. Como no obtiene respuesta dice, «que estés bien». Se la ve contenta y feliz de tener a su hijo en casa. Por su actitud, parece como si su hijo fuera un pequeño angelito cuyo descanso es sagrado. Por fin conocemos a la madre del pervertido exhibicionista; la mujer que vive en esa casa abarrotada de antiguos relojes y pequeñas estatuillas de niños. *«May sabía que no era natural que un adulto viviera con su madre, sin pasatiempos, sin diversiones. Era como si siguiera en prisión. Lo que necesitaba era una novia. Y May iba a ayudarlo a encontrar una.»*

*–¿Por qué una de estas mujeres no querría conocer a una buena persona como tú?*

*–No soy una buena persona.*

*–Hiciste algo malo. Pero eso no significa que seas una mala persona.*

*–Tengo un desorden psicosexual.*

*–Ahora estás mejor. No te habrían dejado salir si no fuera así.*

*–Me dejaron salir porque tenían que hacerlo.*

*–Bueno, quizás si hallaras una novia más cercana a tu propia edad no tendrías los malos impulsos tan a menudo.*

*–No quiero una novia de mi propia edad, mami. Ojalá así fuera.*

Como la conversación no está dando el resultado esperado, May decide cambiar la estrategia.

*–¿Qué vas a hacer cuando ya no esté yo? ¿Quién te cuidará?*

*–¿Qué pasa, mami? –pregunta Ronnie angustiado– ¿Estás enferma o algo?*

*–Soy una anciana, no viviré para siempre. ¿Quién cocinará para ti?, ¿quién lavará los platos?*

*–Yo puedo lavar los platos.*

*–Nunca lavaste los platos en tu vida.*

*–Podría hacerlo de ser necesario. No soy retardado.*

*–No, no lo eres. Tú eres un milagro, Ronnie. Todos somos milagros. ¿Sabés por qué? Porque, como seres humanos, todos los días nos ocupamos de nuestros asuntos, y todo ese tiempo sabemos, todos sabemos, que las cosas que amamos, la gente que amamos, en cualquier momento pueden quitárnoslas. Vivimos sabiendo eso y seguimos adelante de todos modos. Los animales no hacen eso. Ahora no te pido que te cases, Ronnie; solo que pongas un aviso y veas qué pasa.*

*–Bien. Lo haré si te hace feliz. Pero solo una cita, ¿de acuerdo?*

Objetivo alcanzado.

Una mirada superficial nos muestra que May es una mujer que trata de ver el lado bueno de las cosas; que adora a su hijo como si fuera un pequeño querubín; y también, que cree saber lo que él necesita. Y, aunque teme perderlo, está dispuesta a ayudarlo, incluso si se trata de conseguir una novia. Una agradable anciana, víctima injusta de un acosador como Larry, que persigue a Ronnie solo para sentirse importante. Pero una mirada más atenta, también nos la muestra como una mujer controladora, que sabe cómo hacer para que su hijo haga lo que ella desea que haga. Que al mismo tiempo que le dice que es un milagro, le dice que es un inútil que sin ella sería incapaz de arreglárselas solo.

Esto no significa que sea una mala mujer. Seguramente May alguna vez fue la eficiente madre de un niño pequeño que sabía lo que era mejor para su hijito y tenía las cosas bajo control. Me parece que es, justamente, esa imagen de sí misma lo que May se ha resistido a

perder. Como vimos en Mary Ann, Cheryl y Therese, exacerbar la imagen de “madre perfecta de un niño pequeño” es un modo de ocultar la imagen contraria: la impotencia y la vivencia de castración frente a las dificultades para lidiar con la propia sexualidad. Y una madre con tantas dificultades frente a la sexualidad, mal podrá lidiar con la sexualidad que trae aparejada el crecimiento del niño. De modo que May, para no perder esa imagen potente de sí misma, ha intentado impedir que Ronnie crezca. Ha intentado detener el paso del tiempo y mantener a Ronnie “feliz e ingenuo” como las estatuillas de porcelana. El triste resultado de este intento es un engendro con cuerpo de adulto y mentalidad de niño; un sujeto con la potencia sexual de un adulto, pero cuyo interés sexual está dirigido a los niños.

La siguiente escena parece simbolizar estos mismos contenidos. Brad aparece de espaldas, completamente desnudo, frente a la ventana en el altillo de la casa de Sarah. Si alguien que pasara por la calle, alzara la vista hacia esa ventana, vería el pene de Brad. De modo que es una manera de aludir al exhibicionista. El techo es tan bajo como el marco de la ventana, el calor sofocante, y Brad respira agitado luego del coito con Sarah. Ella se levanta y lo abraza pidiéndole que lo hagan otra vez. Si Brad es el exhibicionista, Sarah es la madre sofocante, que le está encima, que no soporta que se aleje de ella, que demanda satisfacción y que no le da respiro. Unas escenas más adelante hay una coreografía similar entre Ronnie y su madre; mientras él se mira al espejo forcejea para librarse de su madre que se le cuelga encima intentando cortar con unas tijeras una etiqueta a la camisa nueva que llevará en su cita.

Brad se recuesta al lado de Sarah. Ella afirma: «Estás nervioso, ¿no?»; Brad, sorprendido, dice: «¿Qué?, ¿a qué te refieres?». Ella responde: «Al partido. No te preocupes. Estarás genial esta noche.» Solo un profundo conocedor del alma humana puede imaginar un diálogo tan logrado e insertarlo en el momento adecuado. ¡Un aplauso para el autor! Por medio de esta sutileza, Sarah logra convencer a Brad que él la necesita porque ella sabe mejor que él mismo lo que siente. Gracias a Sarah, Brad se entera, primero, de que está preocupado, y segundo, de que no tiene motivos para preocuparse, porque ella confía en él. ¿Quién sino una madre es capaz de una manipulación tan efectiva como sutil? De la nada, Sarah hace aparecer una preocupación que solo ella ve y que solo ella puede calmar. Si Brad antes estaba tranquilo, ahora depende de Sarah para poder estarlo; «No lo sé. No he jugado en 10 años».

Tratando de borrar la palabra «malvado» que pintaron sobre el piso de la entrada de su casa, May tiene una angina de pecho que anticipa su infarto cardíaco. Chiozza y colaboradores, sostienen que tanto el infarto de miocardio, como la angina de pecho, son intentos de evitar que un sentimiento insoportable “llegue al corazón”. De llegar a la conciencia, este sentimiento configuraría una ignominia; es decir, una suerte de indignidad pública que es lo contrario de una condecoración. Un sentimiento al que es difícil atribuirle un responsable, ya que el que lo siente no puede alegar su completa inocencia, pero tampoco se reconoce como el único culpable. Resulta muy convincente pensar que así debe sentirse May intentando borrar esa acusación de maldad que, cuanto menos, es la evidencia de la enfermedad del niño que ha criado con sus mejores intenciones. Una triste tragedia.

Pero el director aún no ha terminado en cuanto al rol de madre controladora. Mientras Brad juega su partido, Kathy, preocupada por estar perdiendo el control sobre la vida de su

esposo, llama a su madre quien encarnará la voz de todos sus recelos: «¿Recuerdas cuando tu padre empezó a jugar al golf?», «Los hombre son todos iguales», «¡Vos trabajás tan duro!», «Yo podría vigilar a los muchachos mientras vos estás en el trabajo, asegurarme de que no se metan en líos», «¿Qué vas a hacer si vuelve a fallar el examen?», «¿Cómo están de dinero?». Dos conceptos están contenidos en estas palabras: que los hombres son como niños a los que hay que controlar, y que las hijas nunca son tan potentes como las madres.

Mientras Brad logra sentirse incluido en el equipo, Larry se siente excluido. Brad, tratando de hacerlo sentir mejor le cuenta que el perverso fue a la pileta pública. Larry, enfurecido, va a golpear la puerta de la casa de Ronnie. Discute con May y ella saca a relucir el incidente en el shopping, que originó la decadencia actual de Larry. Faltando diez minutos para terminar su turno, Larry recibió una llamada de emergencia por un sujeto armado en el shopping. Parecía un adulto, pero era solo un chico jugando a las películas; Larry entró en pánico y lo mató. También Larry parece un adulto, pero en el fondo es un chico, jugando a ser policía. Un juego peligroso que tiene consecuencias demasiado reales y difíciles de afrontar. Consecuencias trágicas... Si bien en la vida hay un espacio para jugar, la vida no es un juego... Si en lugar de ser padres solo “jugamos a ser padres”, nuestros hijos sufrirán las consecuencias... Tampoco podemos evadir la responsabilidad y volver el tiempo atrás; jugar a que no somos padres; jugar a que somos niños o adolescentes irresponsables... Pero Larry parece no haber aprendido la lección; como un niño caprichoso no quiere hacer ninguna otra cosa; si la realidad le dice que ya no puede ser policía, pues entonces, jugará a que sigue siendo policía. Las consecuencias de su juego no tardarán en llegar.

Dando una vuelta más de tuerca, el director llega al fondo de la cuestión. La siguiente escena es la del niño del documental de Kathy, cuyo padre mataron en Irak. El niño cuenta que su madre, al enterarse de la muerte no lloró, sino que se puso a cortar las almohadas con unas tijeras, buscando la marca que debería haber dejado la cabeza de su esposo, pero no la encontró... solo había plumas por todos lados. Caemos en la cuenta que en lo que va del film no hemos visto ningún personaje que encarne la figura paterna... a no ser por el patético paralítico que arbitra los partidos de futbol, o el soldado muerto. En otra oportunidad sostuve que mientras la función materna encarna la tarea de proteger al niño, la función paterna encarna el rol complementario de prepararlo para la realidad. Resulta claro, entonces, que este exceso de función maternal, con el correspondiente déficit de función paternal, sea el origen de esta idea exagerada y temerosa acerca de la necesidad de protección de los niños que, como dijimos, se hace más evidente en los “padres suburbanos”.

¿No hay padres porque las madres rechazan la sexualidad para no sentirse castradas? ¿O las madres se sienten castradas porque no hay padres capaces de hacerlas sentir satisfechas como mujeres? Difícil es decirlo. ¿Kathy no permite que Brad sea el hombre de la casa? ¿O es acaso Brad que buscando en Kathy a la madre que le faltó, no le permite que, además de madre, también sienta deseos de ser esposa? ¿Sarah deprecia a Richard porque es un masturbador compulsivo? ¿O acaso Richard se masturba porque Sarah lo desprecia? Si reducimos estas preguntas a su expresión simbólica, vemos que se trata de una falacia. En efecto, no tiene sentido preguntarse si se trata de la falta de pene o del exceso de castración ya que ambas cosas son lo mismo. Es hora que hablemos de la sexualidad infantil.

Antes dijimos que el deseo de Mary Ann de castrar al exhibicionista surgía de un intento de venganza; ojo por ojo, diente por diente. La presencia del pene hacía sentir castrada a la mujer y por lo tanto, la mujer sentía deseos de castrar al pene. Pero también dijimos que el exhibicionista intenta mostrar el pene para asustar, porque en el fondo está asustado de que su pene no sirva; es decir, que esté castrado. De modo que lo que hace sentir castrada a la mujer y le infunde el deseo de ser castradora, no es la presencia del pene, sino más bien, lo contrario: la falta de pene.

Freud percibió esto con mucha lucidez. Durante la vida infantil, más tarde o más temprano, los niños descubren la diferencia de los sexos, pero lo hacen de una manera parcial y por lo tanto imperfecta. En lugar de reconocer al pene y la vagina como dos genitales distintos, los niños establecen la diferencia sexual según si el pene está presente o falta. Las niñas, viendo el pene de los varones, tienen la esperanza de que más adelante les va crecer uno igual; y aunque luego pierden esta ilusión, esa fantasía sigue vigente en lo inconciente. El nacimiento de un hijo (sea varón o mujer) es según Freud, una tardía compensación para la niña. Por eso, la maternidad –como venimos viendo en este film– les permite a las mujeres sentirse potentes y no castradas.

Algo de similares consecuencias ocurre en los varones viendo a las niñas: al ver que la falta de pene existe, piensan que, entonces, pueden perder su pene (por ejemplo si se portan mal); que la castración es una amenaza real. Y aunque con el crecimiento desestimen la realidad de esa amenaza, ese temor sigue vigente en lo inconciente. De modo que durante la infancia, fruto de esa concepción primitiva de la sexualidad genital, la envidia al pene domina la vida afectiva de las niñas y la angustia de castración, la de los niños. Digamos una cosa más: ese genital único cuya presencia determina si se es potente –varón– y cuya ausencia determina si se es castrado –niña–, recibe el nombre de “falo”. De manera que durante la fase genital primaria, o infantil, la polaridad no es pene/vagina sino fálico/castrado. El pene y la vagina no son órganos opuestos, sino complementarios; en cambio el falo, que no existe como órgano, es una idea surgida del exacto opuesto de la castración, que es también solo una fantasía.

Ahora podemos ser más precisos en nuestro anterior enunciado. Lo que hace sentir castrada a la mujer no es el pene, sino el falo. El falo es una concepción idealizada del pene, siempre erecto, siempre potente, que todos desean tener porque es el testimonio incontrastable de que el que lo tiene no está castrado. En el caso de la niña, si tiene el falo no tendrá nada que envidiar; en el caso del niño, no tendrá nada que temer. Además está decir, que el falo solo sirve para ostentar; el falo no se puede utilizar porque detrás de esa idealización, hay siempre un pene inmaduro y frágil, que se teme perder. Por lo tanto se comprende que, más allá de las falsas promesas, el falo es siempre frustrante; frustra a quien lo desea y no puede tenerlo, y también frustra a quien creyendo que lo tiene y no puede usarlo. La única gratificación genital posible es el encuentro entre el pene y la vagina.

No es nada fácil que un pene sea capaz de transformar la idea de un genital castrado en una vagina; la más de las veces, es el genital castrado el que transforma al pene en un falo, temeroso de ser castrado. Lo propio sucede a la inversa: tampoco le resulta fácil a una vagina, transformar un falo temeroso en un pene funcionante. Esto es así porque esa

concepción infantil de la sexualidad genital, en general poco y mal elaborada, conserva mucha fuerza en nuestro inconsciente. Tanto la envidia al pene, como la angustia de castración son sentimientos poderosos y difíciles de elaborar completamente. Esto equivale a decir que el verdadero crecimiento, el que de veras cuenta –aquel que los personajes de este film no han logrado– depende de la mejor o peor elaboración de estos sentimientos que, a su vez, dependen de la concepción infantil de la sexualidad genital.

Pero volvamos al film. Desde la aparición de May, luego de que Sarah y Brad iniciaran su aventura sexual, el film no ha hecho más que retratar, de distintas formas la angustia de castración del niño a través de madres castradoras: May con Ronnie, Sarah, Kathy y su madre con Brad. Ahora parece que el director se va a ocupar también de la otra forma en la que se experimenta la castración: la envidia al pene de la niña.

Sarah, en calidad de «hermanita», asiste al grupo de lectura con las amigas de Jean; para su desagrado, también está invitada otra «hermanita», Mary Ann. El texto a comentar es Madame Bovary. A los ojos de Mary Ann se trata de un libro deprimente, en el cual la protagonista engaña a su marido con dos hombres diferentes, gasta todo el dinero y se suicida con raticida. Para una de las mujeres, la tragedia consiste en que Madame Bovary, estaba ciega –como Edipo– y no veía que los hombres la usaban. Para Jean, solo quería un poco de romance, no se la puede culpar por eso. Para la mujer de aspecto más varonil, en esa época no había muchas opciones, o eras monja o eras esposa. «O prostituta», agrega la del primer comentario. Mary Ann sostiene que la protagonista de la novela tenía la opción de no engañar a su marido, y lo dice mirándola a Sarah, acusadoramente. Para la mujer de aspecto varonil resulta reconfortante leer sobre una mujer que recupera su sexualidad. La tercera mujer no entendió una de las descripciones: «Él abandonó el último vestigio de control y consideración, la volvió algo obediente, algo corrupto». La mujer de aspecto varonil interpreta que alude al sexo anal.

Parece aludir a esta concepción infantil de la genitalidad, donde, más que un acuerdo de partes, entre el pene y la vagina, hay un falo que, sin consideración, somete y corrompe. Todas quedan bastante inquietas con esta idea. Jean propone dejar eso por ahora y escuchar qué tiene Sarah para decir. Sarah, asumiendo un papel más intelectual, sostiene que antes Madame Bovary le parecía una tonta que cometía un error tras otro, pero que ahora, al volver a leer la novela, se enamoró de ella. Para Sarah, es una mujer que se siente atrapada en una vida miserable y elige resistirse; que si bien al final fracasa, hay algo hermoso y heroico en su resistencia; para ella Emma Bovary es una feminista, porque está “hambrienta” por una alternativa y porque se niega a aceptar una vida de infelicidad.

Entendámonos bien. Nada tiene de malo querer cambiar una vida de infelicidad, pero formularlo en términos de “negarse a aceptar” parece contener la idea de que esa vida de infelicidad es algo que a uno le han dado; y que basta con negarse a aceptarlo para que a uno le den otra cosa; algo mejor. La principal falla de este razonamiento es que no está claro a quién se debe dirigir ese reclamo; sin ese dato, la rebeldía resulta inútil.

No cabe duda que la lucha entre machismo y feminismo solo puede sostenerse a partir de la concepción infantil de la sexualidad genital; la alternativa fálico/castrado. El machismo

desprecia a la mujer por considerarla menos; es decir, como sujetos a los que les falta algo para estar a la misma altura. El feminismo, por su parte, argumenta que los hombres tienen un injusto privilegio; es decir, que tienen algo de más. Los machistas desprecian y las feministas envidian.

Sarah queda muy conforme con su disertación y Mary Ann parece retractarse, vencida. «A lo mejor no entendí el libro». Sarah salió victoriosa de la contienda; ella tiene el falo y Mary Ann queda castrada; ella tiene a Brad y Kathy está castrada. Pero a Mary Ann el fracaso final de Madame Bovary –que Sarah tan rápidamente pasó por alto– no la convence: «Me parece tan patética; rebajarse así por nada. ¿De veras pensaba que un hombre así se iba a escapar con ella?» Estas últimas palabras calan hondo en el ánimo de Sarah... «Posiblemente», responde con un hilo de voz. En efecto, ¿de qué sirve la rebelión si conduce al fracaso?

El problema del falo es que uno si no lo tiene se siente mal, pero también se siente mal si lo tiene; porque como dijimos, tenerlo es al mismo tiempo tener miedo de perderlo. En cuanto Sarah logra sentirse poseedora del falo, comienza a sentirse insegura; entonces se obsesiona con saber si Kathy es bonita. Incluso en el momento mismo del coito quiere que Brad le conteste. A pesar de que Brad le dice que Kathy es una bomba, pero que la belleza está muy sobrevaluada, Sarah necesita verla por sus propios ojos. Verla a Kathy tiene para ella un efecto devastador. No importa si Sarah lo tiene a Brad 5 días y Kathy solo 2; tampoco si ella se lleva bien con Brad, y Kathy, mal. A Sarah siempre le falta algo; y eso que le falta se imagina que lo tiene Kathy y la envidia. Lo único importante, entonces, es que Kathy lo puede tener a Brad a la luz del día y Sarah, no.

*«Los fines de semana eran difíciles para Sarah. Períodos de 48 horas en prisión que separaban una borrosa felicidad de días de semana del resto. Sarah a veces se dejaba llevar por fantasías de un futuro muy distinto de la vida que llevaba ahora, en la que ella y Brad eran libres de amarse a la luz del día; donde no tenían nadie a quien responderle más que al otro. “Podía ocurrir”, pensaba ella. “Debía ocurrir”, porque no estaba segura de poder seguir viviendo así mucho tiempo más.»* Luego del fin de semana, ese lunes en la piscina, Sarah está muy fastidiada con Brad. Sus celos se aplacan y su actitud cambia por completo en cuanto Brad le dice que el fin de semana se la pasó peleando con Kathy por el tema del examen. Sarah le propone que en lugar de dar el examen se escapen juntos a algún lado. Sería como una primera cita. A pesar de las débiles negativas de Brad, el viaje se termina concretando.

¿Qué sucede en ese encuentro donde por primera vez Brad y Sarah pasarán dos días juntos, sin Lucy ni Aaron? El director juzga que lo que sucede no es tan importante como para que lo veamos; que no ocurre nada distinto a lo que ya vimos. En su lugar nos ofrece “otra primera cita”; la primera y única cita de Ronnie con Sheila. Como si esta escena representara aquella otra, entre los dos protagonistas, que tanto quisiéramos ver. Al principio Ronnie y Sheila parecen comunicarse bien; hasta con una cierta ternura. Pero cuando quedan solos en el auto y Ronnie siente que tiene que demostrar su potencia, surge su exhibicionismo, con un carácter amenazador. Sheila por supuesto no es una persona madura, pero tampoco es una niña que se asusta con Ronnie. Sheila se desespera porque se siente atrapada en un fracaso sin salida. Al momento de bajarse del auto Ronnie se siente muy mal, casi a punto de disculparse; pero no lo hace.

Por las caras de Brad y Sarah, al regreso de su viaje, vemos que también el proyecto resultó un fracaso. Brad vuelve de malhumor y, en lugar de culpable, se irrita con Kathy. A Sarah tampoco se la ve mejor; ofende a Jean tratando de pagarle y se irrita con Lucy y sus regalos. Kathy se enteró por Aaron de la existencia de Sarah y está inquieta; la quiere conocer y le propone a Brad que vengan a cenar.

Durante la cena, en casa de Brad y Kathy, Sarah está muy incómoda; pretende presumir frente a Kathy que Richard tiene un cargo muy importante. Kathy no se siente amenazada por una mujer como Sarah. Cuando surge el comentario de que Brad es amigo del ex policía que mató al niño y está en el comité de padres preocupados, Sarah ya no puede soportar su sentimiento de exclusión. «Nunca me lo contaste». Ese comentario no le pasa desapercibido a Kathy. *«Fue como si alguien hubiera movido la perilla ligeramente a la derecha, y la estación de radio se encendiera tan fuerte y clara que casi la derriba. Una vez que se hizo conciente de la conexión entre ellos, le pareció imposible que se la hubiera perdido antes.»*

*«Brad se había convencido a sí mismo que la cena había ido bien, de que él y Sarah habían podido eliminar las sospechas de Kathy, al menos temporalmente. (...) Dos días después, sin embargo, apareció su suegra para una visita sorpresa de duración indeterminada. Y de allí en más acompañó a Brad y Aaron a todos lados. A la plaza, al supermercado y a la piscina. Lo peor de todo era la piscina. Sin embargo, tras amenazar toda la semana con ir al partido de fútbol, la suegra de Brad decidió no hacerlo en el último minuto.»*

La voz del narrador relata el partido de fútbol con tono triunfal; parece representar el ánimo de Brad que se siente por fin libre y a sus anchas para poder tener un poco de diversión con los muchachos. Liberado de la vigilancia de su suegra y de Kathy, pero también de Sarah que últimamente estaba cada vez está más frustrada, demandante y celosa. La felicidad de ganar un partido por primera vez, anotando el punto decisivo en la última jugada, se le borra de su cara cuando la ve a Sarah gritando el gol por él.

Al parecer Brad niega este fastidio y se muestra sorprendido y feliz de ver a Sarah. En lugar de ir a festejar la victoria con los muchachos, decide quedarse con Sarah; cosa que decepciona a Larry. Pero Brad se siente exultante, dice que está feliz de estar con Sarah, que no quiere volver a casa y que le gustaría quedarse ahí para siempre. Sarah que ya le interrumpió el festejo, ahora también le estropea su alegría. De pronto, asumiendo un tono dramático de persona adulta y sensata, empieza a poner en duda la continuidad de la relación: «¿Qué estamos haciendo?», «Esto no es real, Brad», «Esto está mal y es raro», «¿Cuánto tiempo vamos a estar escondiéndonos?», «¿Cuánto puede durar?», «Ya no puedo hacerlo». Como si la idea de la relación fuera solo de Brad, y Sarah intentara hacerlo entrar en razón. Brad intenta decirle que no es así, pero Sarah no se detiene: «Si una cosa significó esa cena en tu casa es que tu pareces bastante feliz con tu esposa. Tienes una vida perfecta, yo no quiero ser la que...» Hasta que por fin Sarah logra que Brad diga lo que ella quería escuchar: «Escápate conmigo». «¿Qué?, no lo dices en serio», replica Sarah. Brad insiste; incluso se lo pide por favor. Entonces ella acepta, como si todo fuera una idea de él.

¡Qué idea más absurda e irresponsable! ¿Cómo podría construirse algo valioso sobre tan malos cimientos? Evidentemente no se trata de dos adultos que se han enamorado y no encuentran otra solución que divorciarse de sus respectivos cónyuges; de ninguna manera. El plan de escapar juntos nos muestra que toda la relación entre ellos no es más que un juego de niños; una fantasía que nada tiene que ver con la realidad y que tampoco toma en cuenta los sentimientos ajenos o el bienestar de los hijos.

Más allá de un entusiasmo superficial, que como veremos no le durará mucho, Brad tiene que sentirse muy mal al ser objeto de semejante manipulación. Quería salir del acoso de su esposa y su suegra, ambas controladoras y castradoras, y termina recibiendo de Sarah el mismo trato. Ese niño enojado y castrado, que se esconde detrás del superficial entusiasmo omnipotente de Brad, está representado por Larry.

Larry enojado por el abandono de Brad, que le recuerda el abandono de su esposa, borracho y frustrado con su vida en la que todo le sale mal, sintiendo que nadie valora lo que hace, va a descargar su ira a casa de Ronnie. A juzgar por los resultados, su ira no es con Ronnie sino con la madre castradora representada en May. Durante el escándalo que arma, May tiene un infarto y los vecinos llaman a la policía y a la ambulancia. Un buen niño no debe hacer sufrir a su madre. Larry termina preso, May internada y Ronnie en la sala de espera del sanatorio. Luego de dejar una nota escrita para Ronnie, May muere. Ya en su casa, Ronnie descubre la nota pero antes de leerla, como si supiera lo que está escrito, se pone a lavar los platos. En la nota May le pide a Ronnie que sea un buen chico. Ronnie al leerla se desespera y cuando los relojes empiezan a sonar, empieza a destruir relojes y estatuillas. De no ser por los relojes que lo hicieron crecer, sin la sexualidad mala, él podría seguir siendo un niño bueno, feliz e ingenuo como las estatuillas.

Como dijimos Brad no está contento. Tiene que despedirse de Aaron, escribir una nota a Kathy (nota que al final no deja) y escapar sin ser visto mientras Kathy está conversando en la cocina con su madre. Brad en la calle empieza a correr, perseguido, pero al llegar a donde los chicos hacen skate, parece olvidar todo apuro y se queda viéndolos saltar. Los chicos le ofrecen intentar un salto. Ese salto es un símbolo de su aventura con Sarah: tomar carrera, lanzarse al vacío y flotar en el aire, libre de toda responsabilidad... pero termina estrellándose contra el pavimento, símbolo de la realidad que pone fin a la aventura con Sarah. Antes de subir a la ambulancia le pide a su amigo policía que la llame a su esposa.

Sarah también huye a las apuradas con Lucy, peleando con ella porque no quiere ir en el asiento del auto. Finalmente Sarah accede a que vaya en el piso. Se dirige a la plaza, donde debe encontrarse con Brad, pero el que llega es Ronnie que, en estado de desesperación, huyó de su casa con un cuchillo. Habíamos dicho que Ronnie, como exhibicionista, era un símbolo de los motivos que llevaban a la unión de Brad y Sarah. Sarah se une a Brad, como vimos, porque se siente impotente; principalmente frente a la maternidad y en comparación con las otras madres. Tener a Brad, era un modo de superar a las otras; dejar de ser la castrada para tener el pene. Pero lejos de transformarse en una madre mejor, se aleja más de su hija; es decir, aumenta su sentimiento de impotencia y castración, en lugar de solucionarla. Por eso cuando se acerca a Ronnie y este menciona haber perdido a su madre, Sarah cae en la cuenta que ha perdido a Lucy y entra en pánico. Cuando la encuentra, Sarah

decide que ya ha tenido suficiente. Actuando por primera vez como una madre, coloca a Lucy en la sillita para niños; luego, llorando le pide perdón y le propone volver a casa. Si desea ser una madre mejor, para conseguirlo, al menos, debería intentarlo.

Por fin Larry encuentra a Ronnie en la plaza. Quiere disculparse con él, y descubre que Ronnie se ha castrado a sí mismo con el cuchillo; «Ahora seré bueno», le dice Ronnie. Larry alza a Ronnie en brazos y lo carga en su camioneta para llevarlo al hospital. Por fin tiene la oportunidad de hacer algo bueno y valioso. Detrás de la gran amenaza del perverso sexual, no hay nada más que un niño enfermo y asustado; impotente y sexualmente inofensivo.

*«Ni en sus sueños más salvajes y descabellados, Larry se habría imaginado volver a estar en esa posición donde los preciosos minutos contaban. Esta noche podría salvar una vida. Él sabía que Ronnie había hecho algunas cosas malas en el pasado, pero también las había hecho Larry. No podías cambiar el pasado. Pero el futuro podía ser una historia distinta. Y tenía que empezar en algún sitio.»* Luego de mostrarnos a Sarah en su casa durmiendo abrazada con Lucy, y a Kathy llegando al hospital para estar con Brad, la última escena del film es la plaza vacía durante la noche.

Podemos ver este film como una gran tragedia deprimente, donde todos los personajes terminan mal; como Madame Bovary. Como fuimos señalando, no vemos verdaderos adultos; falta la figura paterna y la figura materna es la de mujeres controladoras; mujeres fálicas y castradoras que, íntimamente, se sienten castradas. Los personajes que al principio estaban castrados, a pesar de todos sus intentos por revelarse contra esa infelicidad, terminan peor de lo que empezaron. Lo que mal empieza, como dice el refrán, mal acaba; y esto es lo que sucede con la relación entre Brad y Sarah. La castración de Ronnie simboliza la castración de Sarah y Brad; el rotundo fracaso de una relación que buscaba hacerlos sentir menos castrados.

Pero también el film deja una esperanza abierta en las palabras finales. No podemos cambiar el pasado, pero si podemos dejarlo atrás, podremos construir una historia distinta de cara al futuro. Dejar la infancia atrás, como esa plaza vacía por la noche; dejar atrás lo que tuvimos y ya no tenemos. Dejar atrás, también, lo que quisimos tener y no tuvimos. Los padres no estarán por siempre, y lo que no nos dieron ya no nos lo pueden dar. Más tarde o más temprano deberemos transformarnos en adultos. Algunos psicoanalistas han llamado a esto “aceptar la castración”, con el sentido de reconocer que toda potencia tiene un límite. En el mejor de los casos, entonces, podríamos pensar que la castración de Ronnie es un símbolo de esa aceptación. Si una nueva historia tiene que empezar en algún lado, ese podría ser el indicado. A partir de allí, aceptando nuestra verdadera potencia, hacer nuestro mejor intento por construir la vida que deseamos. Hacerlo en serio; porque en la vida real lo que hagamos y lo que dejemos de hacer tendrá consecuencias reales que no tendremos más remedio que afrontar. Renunciar a esa idea tan seductora de que existe un falo; de que lo tenemos, de que lo podríamos tener o de que alguien lo tiene y nos lo podría dar... Aceptar que son puras fantasías... Simples juegos de niños.